



Imágenes del mexicano en la novela nacional decimonónica (1836-1900): del criollo al mestizo*

Images of mexican in the nineteenth-century national novel (1836-1900): from creole to mestizo

* Procedencia del artículo: Este artículo es uno de los productos del proyecto de investigación “Historia de la cultura literaria moderna en México”.

** Doctor en Literatura Hispánica
Universidad de Sonora
Hermosillo, México
gbobadil@capomo.uson.mx

Recibido: 06 de mayo de 2024

Aprobado: 22 de junio de 2024

Artículo de reflexión

¿Cómo citar este artículo en
MLA? - *How to quote this article in
MLA?*

Bobadilla Encinas, Gerardo
Francisco. “Imágenes del mexicano
en la novela nacional decimonónica
(1836-1900): del criollo al mestizo”.
Poligramas, 59 (2024): e.20514039.
Web. Fecha de acceso (día, mes en
mayúscula y abreviado, y año).
<https://doi.org/10.25100/poligramas.v0i59.14039>

Gerardo Francisco Bobadilla Encinas **

Resumen

El objetivo del presente trabajo es describir y explicar las imágenes o representaciones del hombre que articuló la novela mexicana del siglo XIX: el mexicano como criollo (1836-1867), el mexicano como mestizo (1867-1900); dicho objetivo será cumplimentado a partir de la perspectiva de trabajo asociada a la semiótica literaria y cultural. Por ello, partiendo de que los textos son resoluciones literarias concretas a específicas imágenes discursivas del mundo, se buscará reconocer y problematizar en ellos los factores confluentes y los matices que condujeron a la articulación de ese imaginario durante el periodo decimonónico de la literatura mexicana (1836-1900).

Palabras clave: Criollismo; imágenes literarias del mexicano; literatura-historia; mestizaje.

Abstract

The objective of this work is to describe and explain the images or representations of the man who articulated the Mexican novel of the 19th century: the Mexican as a Creole (1836-1867), the Mexican as a mestizo (1867-1900); this objective will be fulfilled from the perspective of work associated with literary and cultural semiotics. Therefore, starting from the fact that the texts are concrete literary resolutions to specific discursive images of the world, we will seek to recognize and problematize in them the confluent factors and nuances that led to the articulation of that imaginary during the nineteenth-century period of Mexican literature (1836 -1900).

Keywords: Creolism, literary images of the Mexican, literature-history, miscegenation.



De la emancipación política a la emancipación mental y cultural.

Discontinuidades

Refrendando el axioma filosófico que establece que los tiempos de la cultura no necesariamente son análogos o equivalentes a los de la historia, la independencia o emancipación mental, cultural y literaria de México y el mexicano, como conjunto de códigos, valores e imágenes propios articulados conscientemente para alcanzar un perfil identitario ante el Yo y el Otro, no fue un proceso homólogo ni paralelo temporalmente al de la independencia o emancipación política de España consumado en septiembre de 1821. Fue un transcurso posterior, iniciado varios lustros después, cuyo desarrollo requirió de décadas incluso, a través del cual los letrados mexicanos articularon distintas representaciones discursivas e icónicas acerca de la fisonomía y sentido del ser colectivo nacional hasta configurar aquella que le otorgara una representatividad ante sí mismo y alteridad trascendente ante el Otro.

Es ya casi un lugar común dentro de la historia de la cultura literaria y de la historia de la literatura la consideración de que con la fundación de la Academia de Letrán en junio de 1836 dio inicio el primer proyecto de mexicanización de la cultura y la literatura, como expresión sistemática y consciente que buscaba manifestar la independencia política alcanzada en el ámbito mental, cultural. Al menos eso es lo que se deriva de la afirmación (no explicada ni problematizada mayormente) de Guillermo Prieto en *Memorias de mis tiempos* (1906), referida a que había entre los miembros de la asociación una "tendencia decidida a mexicanizar la cultura, emancipándola de toda otra [de la española, se entiende,] y dándole carácter peculiar" (178); este mismo señalamiento había sido planteado tantos años antes por José Zorrilla en *México y los mexicanos*, al afirmar que la Academia "es el verdadero punto de partida de lo que hoy puede llamarse literatura original mexicana, porque comenzó a volar por sí misma [aunque] sin poder emanciparse de las influencias de la nuestra" (Zorrilla 58). Habiendo advertido en las relaciones prensa-literatura el entramado con el cual realizar sus propuestas éticas y estéticas y poder darles incidencia social y moral --lo que la impulsó a implementar un vasto, diverso y continuado proyecto editorial--, la Academia de Letrán se dio, pues, a la tarea de alcanzar esa emancipación mental y cultural, de articular una literatura mexicana independiente, a través del desarrollo de tres ejes temáticos, historia, paisajes y costumbres, que encontraron su mejor resolución ética y estética del mundo mediante el cultivo de las formas ya de la novela histórica de influencia francesa sobre todo, ya de los artículos y cuadros de costumbres de ascendencia española, ya de la poesía descriptiva, atendiendo así las imperantes contextuales referidas a la justificación y consolidación de la independencia hacía poco alcanzada, al sustentarla en el

reconocimiento de una fisonomía, de un temperamento, de una idiosincrasia definidas por una historia y un espacio físico y cultural determinados.

Resulta interesante advertir que, todavía para 1855, durante los prolegómenos de la Reforma (1857-1861), o para 1867, en el marco de la culminación de la segunda independencia, ahora frente a Francia, pese al contexto político e histórico independiente, México y los mexicanos continuaban apegados a códigos discursivos, valorativos e icónicos de ascendencia extranjera, hispana específicamente, que en algún momento de su efímero reinado llevaron a Carlota de Bélgica a cuestionarse si México realmente se había independizado de España, dada la vigencia de usos, modos y costumbres asociados a la otrora cultura metropolitana (Kolonitz 63); otro tanto debe señalarse con la cultura afrancesada de México durante el porfiriato, que, en palabras de Lorenza de Ovando --uno de los personajes representativos del antiguo régimen-- en *La región más transparente* (1958), de Carlos Fuentes, tenía la firme convicción de que “nuestra patria espiritual está aquí, en Europa[, en París]. No me cansaré de repetirlo” (Fuentes 93).

En este marco, particular significado tienen las distintas imágenes sobre el hombre y el espacio-tiempo mexicano que revelan los textos literarios escritos entre 1836 y 1900 aproximadamente, pues son testimonio de lo diverso, de lo dinámico y dialéctico que fue el proceso de representación discursiva e icónica mediante el cual se articuló una imagen para México y el mexicano durante la época moderna (1820-1945). Y es que si bien se han estudiado las imágenes del indígena en la literatura mexicana del siglo XIX o del siglo XX (vid. Rizzo 2002, Cabrera Quintero 2005), ya las del mestizo (vid. Rizzo 2003), hace falta un estudio integral (más que total) que sistematice y explique el desarrollo del proceso.

Las inercias de la emancipación. El mexicano como criollo (1821-1855)

En 1839, en escasos nueve días, Ignacio Rodríguez Galván escribió la “Profecía de Guatimoc” a petición expresa de su mecenas José María Tornel, el ministro de Guerra de Antonio López de Santa Anna, quien lo invitó a participar en los festejos por el decimoctavo aniversario de la consumación de la independencia de México, a celebrarse en el palacio nacional el 27 de septiembre de ese año. El poema, dinámico y dramático poéticamente hablando, esboza uno de los pasajes más patéticos de la poesía y la literatura mexicana del siglo XIX, al articular mediante el recurso romántico del sueño un diálogo tenso entre el demiúrgico espectro del último emperador azteca, Guatimoc o Cuauhtémoc, y el hablante poético, un ser romántico

cabal. En un momento de su coloquio, el fantasma del monarca prehispánico le pide a su interlocutor

—“Háblame, [...] pero en la lengua
del gran Nezahualcóyotl [esto es en náhuatl]”.
Bajé la frente y respondí: “La ignoro” [dijo el hablante poético].
El rey gimió en su corazón. —“¡Oh mengua,
oh vergüenza!” gritó. Rugó las cejas
y en sus ojos brilló súbito lloro.
[...] —¡Ya mi siglo pasó! Mi pueblo todo
jamás elevará la oscura frente
hundida ahora en asqueroso lodo.
Ya mi siglo pasó. Del mar de Oriente
nueva familia de distinto idioma,
de distintas costumbres y semblantes,
en hora de dolor al puerto asoma;
y asolando mi reino, nuevo reino
sobre sus ruinas míseras levanta.
Y cayó para siempre el mexicano
y ahora imprime en mi ciudad la planta
el hijo del soberbio castellano.
Ya mi siglo pasó”. (Rodríguez, *Profecía* 31, cursivas propias)

El dramatismo del poema está particularmente logrado mediante el acertado *decrecendo* de la exaltación de la voz poética. Sin embargo, llama la atención que ante lo patético de la situación, detonado por la imposibilidad histórica y lingüístico-cultural de extender la presencia e incidencia del mundo prehispánico más allá del sueño memorístico y profético, el poema resulta particularmente interesante y revelador al configurar explícitamente la imagen del mexicano independiente como “el hijo del soberbio castellano”, esto es, como el criollo.

Alrededor de veintiocho años después, el hablante poético escindido de *Drama del alma. Algo sobre México y Maximiliano* (1867), de José Zorrilla, afirmaba que

*Los hijos de los nobles castellanos[los criollos,]
vistos ya como indianos por las leyes [luego de la guerra de independencia]
eran los verdaderos mexicanos*

al negar obediencia a nuestros reyes.

[...] *Mas vieron estos con mortal disgusto*

a altos puestos optar antojadizos

[...] Mas fue tarde y no era justo:

los pintos, los mulatos, los mestizos,

ya con ellos al par republicanos,

eran libres también y ciudadanos. (Zorrilla 59, cursivas propias)

Pese a las divergentes posturas ideológicas y políticas que sus derroteros temporales y culturales les impusieron, llaman la atención las concomitancias habidas entre las imágenes articuladas por los vates mexicano y español, mismas que los hacen reconocer en el criollo la quintaesencia de la mexicanidad. Y es que independientemente del republicanismo y de la supuesta ascendencia indígena de Rodríguez Galván (vid. Prieto 1906), así como casi seguro debido al conservadurismo monárquico ultramontano del bardo de Valladolid, ambos poetas coinciden en identificar y configurar al mexicano a partir de los rasgos físicos, culturales e históricos del criollo precisamente.

Como lo han documentado con suficiencia David Brading (1973, 1991) y Antonio Rubial García (2010), uno de los factores determinantes del proceso independentista mexicano e hispanoamericano desarrollado en la década de 1810-1820 se encuentra en el sentimiento del amor, orgullo o patriotismo criollo que se gestó desde mediados del siglo XVIII entre los letrados y miembros de esa casta. Con tal nombre se hace referencia a aquella emoción exaltada ante las particularidades físicas y culturales de un solar determinado con el cual los indios, esto es, los españoles nacidos en América, se sienten identificados y/o compenetrados, mismo interés afectivo que los condujo a reconocer y argumentar su alteridad histórica y cultural frente al otro, España y el español.

Dicho sentimiento tiene una doble explicación. Por un lado, y sin ser una polémica frontal, se considera que fue respuesta a los planteamientos científicos de los filósofos y naturalistas enciclopedistas franceses y suizos como Voltaire, el conde de Buffon, el abate Raynal o Cornelio de Pauw, que articularon la segunda versión de la leyenda negra española, en la que, tendenciosamente, se enfocaron en analizar al hombre y al espacio-tiempo hispanoamericanos, configurándolos como entidades físicas e intelectuales débiles y degradadas (vid. Gerbi 1955), en una primera prefiguración del entorno capitalista y del balance de fuerzas que articularía un entramado de metrópolis europeas industrializadas y periferias americanas suministradoras de insumos. Por otro lado, se considera también que el amor,

orgullo o Patriotismo criollo es una expresión de la hégira protagonizada por los jesuitas expulsados de los territorios del rey de España en 1767, quienes durante su periplo escribieron y/o publicaron diversos textos asociados al género cronístico, en los cuales, desde una perspectiva nostálgica, se dieron a la tarea de recuperar idealizada y memorísticamente las particularidades físicas y culturales del hombre y el espacio-tiempo mexicano e hispanoamericano que les había sido arrebatado: dicho sentimiento de amor u orgullo criollo se considera como la primera formulación de un sentimiento de otredad que, en la coyuntura del vacío de poder producido por la invasión napoleónica a España, insufló al movimiento independentista mexicano (vid. Brading 1973, 1991; Rubial 2010); ejemplo de estos planteamientos son textos como *Historia de la Compañía de Jesús en Nueva España (1764-1767)*, de Francisco Javier Alegre, *Historia Natural y Crónica de la antigua California (1770)*, de Miguel del Barco, *Historia antigua de México (1780-1781)*, de Francisco Xavier Clavijero, o *Rusticatio mexicana (Por los campos de México) (1781)*, de Rafael Landívar, por mencionar los casos más representativos.

Históricamente, habría que considerar, además, que el orgullo o patriotismo criollo no sólo fue un sentimiento o emoción anímica que determinó la articulación y el desarrollo de la causa independentista de México y los demás países hispanoamericanos, sino que, rebasando el ámbito subjetivo inicial, llegó a convertirse en el primer planteamiento ideológico que encauzó y dio sentido a la vida independiente en las naciones hispanoamericanas modernas. En este marco, el patriotismo criollo se transmutó durante los años comprendidos entre 1821 y 1867 aproximadamente en un entramado doctrinario que justificó el acceso de los criollos a la palestra política y económica de la nación durante el periodo fundacional, bajo el supuesto de que ellos eran los herederos y continuadores del decoro y la tradición histórica y civilizatoria occidental. No puede obviarse en este contexto que, como influencia directa de la rígida estratificación del sistema de castas establecido durante la Colonia en el siglo XVIII, se concebía al criollo como la clase racial y cultural que, por antonomasia, era la depositaria de los valores históricos, morales y culturales occidentales en América, al ser el elemento que aseguraba y eslabonaba la continuidad y desarrollo de la visión del mundo europea en las naciones recién independizadas. Esto aseguraba, al menos en teoría, la inserción de las nuevas naciones dentro del fluir histórico de occidente que determinaba entonces Europa.

Por eso resulta interesante advertir que la independencia de México fue en realidad una guerra de castas en la que los criollos se erigieron y autoproclamaron como los guías morales e históricos tanto del espíritu independentista como del (los) modelo (s) sociopolítico (s) a instaurar, definiendo y planteando como proyecto de nación un patrón que mantenía muchos

de los elementos y relaciones de la estructura y *status quo* colonial. Sin duda que la propuesta emanada de la élite criolla, hispanófila y ultramontana, no contó con el apoyo y simpatía de todos los mexicanos recién independizados, por lo que se abrió un largo proceso de casi cincuenta años de indefinición e inestabilidad política, económica y social, de bandazos entre distintos modelos sociopolíticos e ideológicos (imperio vs. república; centralismo vs. federalismo; conservadurismo vs. liberalismo), mismo que culminaría en 1867 con el fusilamiento de Maximiliano de Habsburgo y el establecimiento definitivo del modelo liberal y democrático del mundo gracias a la República restaurada que encabezó Benito Juárez (cf. Brading 1973, 1991).

Es interesante observar que en medio de ese proceso de búsqueda y definición que abarcó cuarenta y seis años –entre 1821 y 1867–, las Bellas letras en general, la poesía como campo cultural en particular (conformado por los géneros tradicionales: lírica, narrativa, drama), tuvieron un papel particularmente activo y propositivo. Como apunté antes, poemas, novelas y artículos escritos por diversos miembros de la Academia de Letrán o de sus adláteres se dieron a la tarea de articular las primeras imágenes del hombre y del espacio-tiempo mexicano e independiente. Tal fue el caso de escritores como José María Lafragua, Justo Sierra O'Reilly, Eufemio Romero o Luciano Muñoz, por referir sólo unos cuantos.

Mención aparte merece José Ramón Pacheco (1805-1865), autor de un texto particularmente interesante y revelador, “El criollo”, publicado en 1838 en la revista cultural y literaria *El Año Nuevo. Presente Amistoso*, una de las célebres revistas portavoz de la asociación lateranense. Ese texto que es uno de los primeros ejercicios novelescos dentro de la tradición literaria mexicana, narra la frustración de los amores de Eugenio y Rosa, debido al origen criollo del héroe.

A partir de este motivo, se desvelan y formalizan literariamente los rígidos y estrechos cartabones mediante los cuales se le daba sentido a la existencia a finales del periodo colonial, representados en la obra mediante la configuración, los valores y actuación de la ultramontana doña Brígida, la española madre de la doncella. Y es que la buena señora no sólo no acepta, sino que obstaculiza la relación de Rosa con Eugenio, motivada por su ignorancia y cerrazón ideológica y vital, pues “*no había recibido la más ligera tintura de educación: jamás un libro había sido abierto entre sus manos, si no eran los de sus rezos y en los que mal aprendió a leer. Su vida era monótona y mecánica*” (Pacheco 345, cursivas propias)¹.

¹ Llama la atención el nominalismo implícito del antihéroe novelesco, Brígida, pues, por homofonía, puede entenderse como “rígida”, aludiendo así a su cerrazón intelectual y vital.

Frente a esta, particularmente interesante es la configuración del héroe, el joven enamorado de Rosa. Y es que a partir de un maniqueísmo dual propio del romanticismo que recién se introducía en la tradición cultural y literaria naciente, a la caracterización y función significativa de la castiza Brígida, el narrador opone conscientemente a Eugenio, el criollo, que

aunque hijo de español, [... *tenía*] un *alma ardiente* y [estaba] deseoso de gloria, con principios firmes de *una buena moral, un buen talento y conocimientos superiores a su siglo*, adquiridos unos en el seminario o en el bufete de su padre, y otros en el secreto estudio de obras anatémizadas por el Santo Oficio, *porque trataban de los derechos y de la historia de los pueblos*. (Pacheco 344, cursivas propias)

“Buena moral”, “buen talento”, sobre todo apertura intelectual que lo llevan a conocer incluso las “obras anatémizadas por el Santo Oficio”, es lo que caracteriza y distingue a Eugenio, el joven americano, quien con dichos talentos busca su realización humana y natural plena mediante su unión con Rosa. Estos son, precisamente, los valores y las actitudes que se reconocen e identifican en el criollo como cabeza de la sociedad mexicana independiente y como depositario de la sensibilidad de las culturas autóctonas, los cuales sancionan de esta manera tanto la independencia que encabezaron y consumaron como el sentido y función que tenía esa autonomía. Mención especial quiero hacer del señalamiento del narrador referido a que los conocimientos superiores a su siglo que tenía el héroe aludían a “los derechos y la historia de los pueblos”, porque, si bien es un aspecto no problematizado en la novelita, revela la concepción dialéctica del desarrollo y la evolución de las naciones a partir de la cual los letrados mexicanos trataban de alcanzar la trascendencia para la independencia de México.

La importancia de la caracterización y las relaciones entre los personajes está dada por el espacio-tiempo histórico del enunciado, el cual está configurado de la siguiente manera:

Todavía a principios de este siglo [XIX], y antes de que una revolución de ideas hiciese una revolución social, [...] así entonces era una positiva desgracia para los mexicanos ser hijos de su hermoso suelo. Anatema político y excomuniación social era la suerte de la más sólida virtud y del saber más profundo, si tenían la fatalidad de recaer en un hijo de español. En todas las capitales del país y hasta en sus últimos cortijos, bastaba haber venido del otro lado de los mares para ser mejor que el criollo más distinguido.

[...] El hecho es que, aunque hijo de español, Eugenio [...] pasaba tristemente los años de su juventud como si se hallase ya en aquel último término en que el hombre fatigado de las pasiones, desencantado de la ilusión, escarmentado del mundo y sin perspectiva seductora

delante de sí, mira la vida como una carga. Había abrazado la carrera del foro, porque no tenía otros extremos que escoger éste o consagrarse a las órdenes [clericales], porvenir el más brillante a que podía aspirar un hijo del país; *pero no tenía un teatro digno de él, ni podía hablar libremente, ni aun entre los togados había quien le comprendiera. No existiendo entonces ni una sola reunión que se pudiera llamar una sociedad culta; mirado con desdén por los señores principales, porque estos señores, tenderos o dueños de haciendas, eran incapaces de apreciarle en lo que valía, muerto su padre, no le quedaba más que su valor personal.* (Pacheco 343-344, cursivas propias)

Discúlpeleme lo extenso de la cita, pero es necesaria así para emplazar y destacar tanto ética como composicional y estilísticamente hablando la condicionante contextual a partir de la cual se configura al criollo como el ser e imagen de México y el mexicano. Ante un espacio-tiempo colonial mediocre y sin perspectiva, la capacidad y sensibilidad del indiano le permiten realizar la síntesis dialéctica de las contradicciones de su entorno, conduciéndolo a buscar su superación y trascendencia mediante el sacrificio congruente de su vida en pro de la independencia de México en una batalla nocturna entre realistas e independentistas, acaecida en una espantosa noche de principios de 1811: “mas aquella noche y otras que se le parecieron en el discurso de once años, terminaron para el Criollo con la aurora que brilló en Iguala el 24 de febrero de 1821” (Pacheco 382), esto es, con la firma de Agustín de Iturbide en el documento que proclamaba la emancipación de México frente a España².

Si en la obra de Pacheco se le configura como el detonante dinámico y dialéctico de la historia, en “El visitador”, de Ignacio Rodríguez Galván, la figura del criollo adquiere, además, una significación humana paternal con respecto de las demás castas de la sociedad. En la novelita también publicada en el *Año Nuevo* de 1838 y que narra la frustración del matrimonio de los indianos Ana de Cervantes y Baltasar de Quesada como resultado de las intrigas pasionales del español visitador Muñoz en el marco de la primera insurrección criolla de 1565, el criollo se erige como el salvaguarda y valedor de los derechos de los naturales americanos, los indios. Dado que era hija de un rico encomendero español y huérfana de madre, lo que la había convertido en “única señora de su casa”, la joven heroína

hacía todo el bien que podía a los infelices indios: les aliviaba en sus necesidades, conseguía aplacar a su padre en los momentos en que estaba ya pronto a aplicarles un castigo, y era voz entre

² No puedo dejar de mencionar dos aspectos: primero, la configuración del criollo como un ser romántico marginado socialmente, fatigado y desencantado, escarmentado y desilusionado del mundo; segundo, la concepción de la existencia humana, social e histórica como una especie de gran teatro de la vida, con claras reminiscencias barrocas que obligan a reconocerlas como un ascendiente idiosincrásico definitorio.

los naturales que el mayor beneficio que podía concederles la fortuna en su situación, era hacerles súbditos de Cervantes y de su hija Doña Ana.

[...Ella se iba a casar con el también criollo Don Baltasar de Quesada] y sólo es digno de saberse que Quesada deliraba en sus esperanzas [de matrimonio] y *Ana se llenaba de proyectos de beneficencia, que pensaba realizar sobre los indios de las encomiendas de su padre y de su marido luego que se efectuase el matrimonio.* (Rodríguez, *El visitador* 419-420, cursivas propias)

Hay que destacar de la cita dos aspectos, uno de ellos referido a esa actitud y relación vertical-paternal que se establece entre el criollo y el indígena, en la que aquél “protege” a éste de los exabruptos o arranques del tercero en discordia representado por el páter español: esta conducta de Doña Ana es particularmente significativa, pues define la función histórica y moral que cumple el criollo frente al indio --curiosamente el texto no hace la menor alusión a las otras castas--, como escudo y amparo bienhechor ante los embates explotadores y abusivos del mundo y hombres hispanos. Al mismo tiempo, ese protagonismo paternal otorga al indiano una preeminencia y protagonismo histórico y cultural tal, que, al menos en el periodo comprendido entre 1836 y 1867 --y salvo los casos de excepción de *Xicoténcatl* (1827), de autor anónimo, *Netzula*, de José María Lacunza, y *La batalla de Otumba*, de Eulalio Ortega, ambos textos de 1837--, el criollo es el único personaje arquetípico individualizado de la literatura mexicana que llega a adquirir una caracterización física, cultural y moral específicas, que lo erige en imagen representativa y trascendente de México y el mexicano: frente a esta configuración, los otros miembros de la nación emergente, los indígenas específicamente --los afromexicanos en pocos casos--, se configuran como personajes colectivos, sin una fisonomía ni física ni moral simbólica, en el mejor de los casos como entidades exóticas, supervivientes de un pasado prehispánico idealizado que pervive como excepción. Representativo de ello es el hecho de que casi todos los protagonistas de los textos novelescos escritos entre 1836 y 1868 son criollos hacedores y desarrolladores de la acción, con un perfil individual propio, en tanto que los indígenas y los esclavos negros son meros comparsas colectivos que actúan en un segundo plano a manera de trasfondo pintoresco, como bien lo revela “El inquisidor de México” (1838), de José Joaquín Pesado:

Era el mes de mayo de 1648, cuando en el pueblo de Jalcomulco, situado a poca distancia de Jalapa, había una concurrencia de gentes [...debidamente] al arribo de una flota, cuyas mercaderías [...] atraían un sin número de personas de toda Nueva España. *El aspecto que presentaban el pueblo i el rio que lo baña, era verdaderamente pintoresco. Véíanse por una parte los jacales*

o chozas de indios, graciosamente contruidos bajo cedros, ceibas, i otros árboles elevadísimos. Sus patios, cubiertos de una fresca y apacible sombra, cercados de carrizos, barridos con esmero, i regados a trechos de flores, convidaban al descanso.

[...] La diversidad de concurrentes daba todavía mayor animación al cuadro; *i entre la variedad de trages i figuras, eran de ver los indios de ambos sexos, cuyas formas bien compartidas, tez bronceada, i cabellos lacios i negros, resaltaban notablemente con sus blancos vestidos de algodón. I para que ningún matiz faltase a esta reunión de castas i figuras, se hacían notar no pocos esclavos, negros como azabache, galanamente vestidos, i con collares de plata, en que, según la costumbre de aquel tiempo, estaban grabados el precio del esclavo, i el nombre de su dueño.*

[...] Declinaba el sol al ocaso cuando en una de las chozas más lejanas del pueblo, i por lo mismo más distantes del bullicio, estaban retiradas dos personas, que por su edad i figura debieran llamar la atención del espectador más indiferente. Una hermosa doncella, en la flor de sus años, se reclinaba medio desfallecida en los brazos de un mancebo que la contemplaba atentamente, i en cuyo rostro se veía vagar una sombra de inquietud, que revelaba los cuidados que en su interior abrigaba[: ellos eran Sara y Duarte, criollos de ascendencia judía, enfocándose la narración en sus contratiempos y desventuras a partir de aquí]. (Pesado 3-6, cursivas propias)

Es pertinente señalar que la descripción y configuración apolínea y armónica del indígena así como la de su espacio-tiempo como un *locus amoenus*, continúa manejando percepciones y códigos pertenecientes a la cultura clásica que las poéticas habían institucionalizado hasta hacía poco. Sin embargo, como puede observarse también en otros textos como la ya citada “Profecía de Guatimoc” (1839), *La hija del judío* (1847-1849), de Justo Sierra O’Reilly o *Gil Gómez el insurgente* (1858), de Juan Díaz Covarrubias, por mencionar sólo los que considero casos más representativos, esa percepción y configuración contribuía realmente a idealizar y relegar a un trasfondo mítico, místico, a algunas de las fuerzas vivas y dinámicas de la historia y de la cultura de México, proyectando así la supremacía y protagonismo del criollo en el desarrollo histórico de México durante la época comprendida entre 1821-1868.

El mexicano, entre el indígena y el mestizo (1868-1898)

Al término de la Guerra de Reforma en 1861, Nicolás Pizarro publicó *El monedero*, dilatada novela en la que describe ética y estéticamente un modelo de organización social de corte socialista-cooperativista, la Nueva Filadelfia, como posibilidad para salvar las diferencias ideológicas e históricas de México y poder encauzar así al país por los caminos del progreso material y

humano que, supuestamente, permitirían alcanzar la realización individual y colectiva plenas que motivaron la emancipación política de España. La novela, considerada una novela utópica o social (Millán 1958), desarrolla la lucha por el amor de Rosa, indiana joven y rica, entre el criollo antagonista Montemar y el héroe indiscutible de la acción a Fernando Hénkel, joven de treinta años cuya “fisonomía [estaba] llena de bondad, su mirada dulce y tranquila, su color trigüeño; en todo él se reconocía el tipo fino de los aztecas primitivos: cuerpo alto y bien desarrollado, nariz bien hecha, labios delgados, boca regular, pequeño bigote que le hacía parecer de menos edad y una dentadura simétrica de un esmalte brillante” (Pizarro 189, cursivas propias): como revela la cita y salvo los ya mencionados casos de excepción de *Xicoténcatl* (1827), *Netzula* y *La batalla de Otumba*³, *El monedero* es la primera obra dentro de la tradición mexicana que erige como protagonista a un indígena o mestizo –el texto es ambiguo en su planteamiento y configuración-- en los contextos del enunciado y de la enunciación. Con todo, dado que la intención de la obra estaba puesta en exponer los alcances del planteamiento utópico, la imagen del mexicano como indio o mestizo quedó en un segundo plano de significación y trascendencia ética y estética.

Por eso, ocho años después, adquiere particular significación y trascendencia el que, entre octubre y diciembre de 1869, a punto de concluir la primera etapa del periódico *El Renacimiento*, Ignacio Manuel Altamirano publicara *Clemencia*, la historia del afrancesado Enrique Flores y del nacionalista Fernando Valle en su lucha por alcanzar el amor de la hermosa tapatía cuyo nombre coincide con el título de la novela. La importancia de esta obra radica en que con ella el escritor guerrerense da forma literaria a un texto que no sólo busca mexicanizar temáticamente la literatura --como había sido la intención de los escritores miembros de la Academia de Letrán (1836-1851)-- sino expresar y dar resolución artística concreta a los valores e idiosincrasias nacionales que, afirmaba el escritor (Altamirano 34), había desvelado la guerra contra el invasor imperialista y francoaustriaco entre 1862 y 1867.

La heroína romántica indiscutible de la obra, *Clemencia*, es configurada por oposición y contraste a Isabel, un personaje que se diluye a mitad de la obra, quizás porque funciona realmente sólo como catalizador de la original caracterización y actuación de aquélla:

³ Pese al reconocimiento e idealización históricos e ideológicos del indio y del pasado prehispánico, no puede hablarse del desarrollo consciente de un movimiento literario indianista en México. Las contadas obras que los abordaron lo hicieron de manera inconexa y asistemática, articulando además una visión cancelada entre esa realidad y la realidad decimonónica, mismos que adquirieron una significación exótica pero intrascendente, a diferencia de como sucedió en otras tradiciones hispanoamericanas, la cual sólo la novela indigenista y de la revolución intentaron trascender en la tradición nacional.

[Isabel] era blanca y rubia como una inglesa. [Clemencia era] *morena y pálida como una española*. Los ojos azules de Isabel inspiraban una afección pura y tierna. *Los ojos negros de Clemencia hacían estremecer de deleite*. La boca encarnada de la primera sonreía, con una sonrisa de ángel. *La boca sensual de la segunda tenía la sonrisa de las huríes, sonrisa en que se adivinan el desmayo y la sed*. El cuello de alabastro de la rubia se inclinaba, como el de una virgen orando. *El cuello de la morena se erguía, como el de una reina*. (Altamirano, *Clemencia* 44, cursivas propias)

Bajo el mismo esquema antitético, oximorónico –que de manera natural remite al mismo recurso empleado por Pizarro–, se caracterizan al antihéroe y al héroe de la novela:

Enrique Flores [... era un] joven perteneciente a una familia de magnífica posición, gallardo, buen mozo, de maneras distinguidas, y que a las prendas de que acabo de hablar, agregaba una no menos valiosa y era la de ser absolutamente simpático.

[...] Su fisonomía era tan varonil como bella; tenía grandes ojos azules, grandes bigotes rubios, era hercúleo, bien formado, y tenía fama de valiente.

[... Fernando Valle, en cambio, era un muchacho] de cuerpo raquítrico y endeble; *moreno*, pero no de ese moreno agradable de los españoles, ni de ese moreno oscuro de los mestizos, sino *de ese color pálido y enfermizo que revela o una enfermedad crónica o costumbres desordenadas*.

Tenía los ojos pardos y regulares, nariz un poco aguileña, bigote pequeño y negro, cabellos lacios, oscuros y cortos [...] Su boca regular tenía a veces un pliegue que daba a su semblante un aire de altivez desdeñosa que ofendía, que hacía mal.

Taciturno, siempre metido en profundas cavilaciones, distraído, metódico [...] *este joven tenía aspecto repugnante y, en efecto, era antipático para todo el mundo*. (Altamirano *Clemencia* 17-21, cursivas propias)

Clemencia está considerada por la historia de la literatura mexicana como la obra con la cual la tradición de la novela en el país --iniciada aproximadamente cincuenta y tres años antes con la publicación de *El periquillo sarniento* (1816), de Fernández de Lizardi-- alcanza la madurez artística. Y es que tanto a nivel estilístico como compositivo, las distintas formas y discursos sociohistóricos, literarios y culturales por un lado --historia, costumbrismo, novela sentimental, novela histórica, etcétera--, los recursos y la configuración de los distintos elementos constructivos del texto narrativo por el otro --los encuadres y perspectivas fotográficos o por poco cinematográficos, el enmarcado y configuración testimonial de la voz narrativa, la congruencia y/o evolución moral de los personajes según fuere el caso, entre otros artificios--, todos esos elementos y procesos articuladores de la significación literaria se

encuentran perfectamente delineados e interrelacionados, configurando así un entramado novelesco relativamente autónomo y autosuficiente.

Sin embargo, mucha de la trascendencia histórica y cultural del texto radica en la caracterización de los protagonistas indiscutibles, Clemencia y Fernando, lo que sin duda presupone y encauza la significación y función artística, ética y estética de la obra. A diferencia del planteamiento particular postulado mas no problematizado por Pizarro, a diferencia en general de la praxis novelesca desarrollada con mayor o menor constancia durante el periodo anterior, *Clemencia* articula una imagen del hombre en México cuyo sentido cultural y simbólico ya no necesariamente está asociado al criollo, sino que encuentra su significación plena en los valores morales asociados a la configuración racial híbrida de los personajes.

Así, tomando distancia de los protagonistas anteriores de la narrativa mexicana que encontraban su legitimidad histórica, social, cultural y humana, en el hecho de estar emparentados con las más antiguas y linajudas familias españolas --hasta el popular y mexicanísimo clasemediero Periquillo Sarniento se jactaba de pertenecer a un limpio y antiguo aunque no rico linaje (Fernández 3)--, así como también a su configuración física nórdica que se identificaba más con un temperamento melancólico --allí están Eugenio, el marginado de “El criollo”, de Pacheco, Teresa, la mujer idealizada por Arturo en *El fistol del diablo* (1846), de Payno, la etérea protagonista de *Hermana de los ángeles* (1854), de del Castillo, o la exangüe Clemencia, la coprotagonista de *Gil Gómez el insurgente* (1858), de Díaz Covarrubias--, los personajes que comienzan a configurarse y proyectarse dentro de la literatura mexicana a partir de entonces adquieren mucha de su originalidad artística y moral gracias a su morenía, a su temperamento y a los valores asociados a esas característica y condición.

De esta manera, luego del agotamiento y/o imposibilidad histórica del proyecto del patriotismo criollo, a partir de la reestructuración sociohistórica y cultural a la que obligaron la República restaurada (1867-1876) y el porfiriato (1876-1911) --herederos de los prolegómenos reformistas (1855-1862)--, que revelaron y concienciaron al indígena como un elemento vivo y dinámico de la sociedad mexicana, tenso y conflictivo a la vez dada su contradictoria cercanía y distancia del presente moderno decimonono; también luego de la publicación de la pro-criollista y pro-imperialista *Drama del alma. Algo sobre México y Maximiliano* (1867), de José Zorrilla, y la necesidad que despertó por refrendar una esencia original mexicana (vid. Bobadilla, *La novela*), así como derivado de la coyuntura --más a nivel sociológico que filosófico-- por implementar e impulsar el positivismo en México; comienza a desarrollarse entre los letrados e historiadores mexicanos de esos años una revaloración y recomposición de la imagen del hombre en México, que, ambiguamente entre los años comprendidos entre 1867 y 1898,

comienza a reconocer ya en el indio ya en el mestizo la quintaesencia de la mexicanidad, sin definir ni señalar durante ese lapso fronteras claras y definitivas entre uno y otro. De esta manera comenzó a cobrar importancia y sentido en México la teoría y modelo del mestizaje que, luego de desarrollarse lenta y contradictoriamente poco después de la caída del Segundo imperio (1867), encontrará su plena expresión literaria y cultural en los planteamientos realizados por José López Portillo y Rojas en el “Prólogo del autor” a *La parcela* (1898) y en el pensamiento desarrollado por Andrés Molina Enríquez entre 1895 y 1938 aproximadamente.

Como había revelado el periodo de entreindependencias comprendido entre 1821 y 1867, muchas de las contradicciones de México como nación emergente descansaban en el hecho de que, subrepticamente, el modelo sociohistórico, cultural y económico implementado durante ese lapso de tiempo, había sido en realidad un proceso y un modelo organizativo desarrollado y definido a partir de paradigmas de castas que, derogados en el papel, continuaban concertando la vida sociocultural del primer México independiente, propiciando una coexistencia tensa y conflictiva que impedía la implementación y desarrollo armonizado y trascendente de un proyecto integral de nación moderna e independiente.

Así, en el marco de las intensas y arduas sesiones y discusiones de trabajo que implementó y desarrolló el gabinete de la República Restaurada durante la segunda mitad de 1867 para intentar alcanzar el modelo de nación liberal moderna, desde finales de septiembre comenzó a surgir contundente y nítida la certeza positivista de que sólo a través de la educación podría encauzarse y consolidarse el desarrollo material y moral del país, al inculcar entre los educandos la certeza y actitud de que los derechos e intereses individuales deben ceder a los derechos y prerrogativas de la nación, del plan colectivo. Para ello se propuso el desarrollo de un programa educativo gratuito, laico y obligatorio, que encontraría su culmen en la Escuela Nacional Preparatoria, inaugurada en 1868, el cual mediante la implementación de un mismo modelo y espacio educativo para todos los miembros de la sociedad mexicana – independientemente de sus orígenes raciales y culturales distintos--, lograría definir y/o perfilar al verdadero mexicano en el mestizo racial y cultural:

[Luego de la emancipación de España en 1821,] el segundo gran capítulo de la historia de México [el de la segunda independencia o el de la República Restaurada] era escrito hombro con hombro, en el más alto nivel, por indios, mestizos y criollos en un plano de igualdad sin precedentes, y bajo el liderazgo de un descendiente directo de la raza indígena[, Benito Juárez]. Ciertamente, se trataría de indios y mestizos criollizados, que de sus antepasados autóctonos sólo conservaban lo que no podían quitarse de encima[, el color de la piel]; mas para el criterio de aquel tiempo, que estaba lejos de plantearse el mestizaje

cultural, eso era más que suficiente. La “raza abyecta y envilecida” producía un líder de gran capacidad de mando y enorme dignidad[, el presidente Juárez,] y a varios de los talentos más preclaros del país[, como Ignacio Manuel Altamirano o Ignacio Ramírez]. En este contexto, la mestizofilia tenía que ganar adeptos. Y uno de ellos fue ni más ni menos que Gabino Barreda, el importador del positivismo y artífice del sistema educativo juarista que habría de moldear varias generaciones de mexicanos [... Afirmaba el médico y filósofo positivista poblano que la] *influencia social de la más alta importancia que podrá sacarse de esta fusión de todos los alumnos en una sola escuela [en un solo sistema educativo desarrollado por el estado], será la de borrar rápidamente toda distinción entre razas y de orígenes entre los mexicanos, educándolos a todos de una misma manera y en un mismo establecimiento, con lo cual se crearán lazos de fraternidad íntima entre todos ellos, y se promoverán nuevos enlaces de familias; único medio con que podrán llegar a extinguirse las funestas divisiones de raza.* (Basave 24-25, cursivas propias)

Los planteamientos mestizófilos de la República restaurada comenzaron a arraigar y desarrollarse poco a poco entre los letrados y políticos mexicanos. Uno de los primeros planteamientos concretos fue el formulado por Vicente Riva Palacio en la “Conclusión” al tomo II de *México a través de los siglos* en 1884 (1884: 889-915), donde explícitamente el nieto del insurgente mulato Vicente Guerrero, desde un punto de vista racial, histórico y cultural, se distanciaba de la raza indígena y de la española (914), reconociendo y estableciendo al mestizo como el verdadero mexicano y como el protagonista del presente y del futuro. Parafraseando sus planteamientos, Agustín Basave Benítez realiza y enuncia la síntesis dialéctica del pensamiento mestizófilo del general guerrerense en los siguientes términos:

ni criollos ni indios son mexicanos *stricto sensu*, porque se parecen a los españoles y a los antiguos aztecas o mayas. Por primera vez [con los planteamientos de Riva Palacio] se hace una vinculación explícita entre mestizaje y mexicanidad que otorga al mestizo la exclusiva de la nacionalidad mexicana [...] ¿Qué razón de ser tendría México si estuviera destinado a albergar seres que no se sienten extraños en Europa [como los criollos] o en alguna reservación [como los indios] [...] *Por ello] México es para los mestizos. Ellos son los únicos que pueden sentirlo como una patria porque nadie más puede distinguirse de los habitantes de España y del Anáhuac, naciones alejadas de la mexicana respectivamente en virtud del espacio y del tiempo.* (Basave 30, cursivas propias)

En el mismo tenor, otro tanto afirmaba Justo Sierra Méndez pocos años después, en 1889, en el artículo titulado “México social y político” que apareció publicado en la *Revista Nacional de*

Letras y Ciencias. En ese texto, el escritor yucateco se hacía eco de los planteamientos de Riva Palacio, al afirmar que “hoy, la mestiza constituye la familia mexicana, propiamente dicha, con un tipo especial y general a un tiempo, cada día más marcado; la población mestiza confina[, linda,] por un extremo con los indígenas, cuyas costumbres y hábitos conserva, y por otro con los elementos exóticos, blancos sobre todo (Sierra 126).

Resolución ética y estética concreta de los planteamientos mestizófilos fue, sin duda, el proyecto de literatura nacional que comenzó a gestarse en las reflexiones hechas por Ignacio Manuel Altamirano en prólogos y artículos como “Revistas literarias del siglo XIX” o “La quinta velada literaria”, reflexiones que reconocen y retoman la necesidad del pueblo por explicarse “los hechos memorables que acaban de suceder” durante la Intervención francesa (1862-1867) y el Segundo imperio (1864-1867), por “conocer personalmente a sus defensores y a sus enemigos, sus glorias y sus infortunios” (Altamirano, *Revistas* 71). Esta búsqueda de respuestas condujo al establecimiento contundente de la novela como la dominante genérica, como la resolución artística por antonomasia a partir de la cual podían revelarse los valores y actitudes idiosincrásicos y culturales del mestizo como quintaesencia de la mexicanidad. Por ello se considera que “en la bibliografía narrativa del último tercio del siglo XIX puede apreciarse la revaloración de las raíces indígenas y de la verdad racial de México [asociada al mestizaje]” (Basave 37).

El proyecto de literatura nacional altamirana que privilegió el cultivo del género novelesco, es particularmente interesante y sugerente, pues revela los alcances, límites y contradicciones que, como proceso, tuvo la implementación de la imagen del mestizo como representante genuino de la mexicanidad. Como señalé al inicio de este apartado, el letrado nacido en Guerrero fue ambiguo ante la configuración de la imagen del mexicano en el nuevo entorno liberal de la República Restaurada: ¿indio o mestizo? ¿moreno al estilo de los españoles o de ese moreno oscuro de los mestizos o de ese moreno pálido y enfermizo que revela o una enfermedad crónica o costumbres desordenadas, como se afirma en *Clemencia*? Ni el ensayo ni la narrativa del maestro Altamirano resuelven la cuestión, sino que entre la publicación de *Clemencia* en 1869 y la escritura de *El zarco* entre 1887-1889 (publicada póstumamente en 1901 por la barcelonesa casa editorial de José Ballezá), amén de otros de sus textos como *Paisajes y leyendas. Tradiciones y costumbres de México* (1884) o las novelitas que conforman *Cuentos de invierno* (1880), el mexicano descrito por el guerrerense, si bien no se decanta por uno u otro de los modelos involucrados, alcanza a establecer dentro del imaginario literario nacional la morenía como un elemento asociado a un carácter e idiosincrasia propios.

A partir de entonces, muchos de los protagonistas de la narrativa mexicana plantean conscientemente tal caracterización física como expresión de identidad cultural y sentido ético y estético. Aunque entre 1870 y 1890 continúa teniendo alguna presencia el cultivo de la novela histórica de aventuras con resabios antiespañolistas y sus protagonistas criollos --allí está la obra de Vicente Riva Palacio, Pascual Almazán y Eligio Ancona--, comienza a establecerse como dominante la resolución narrativa de la novela costumbrista y realista, como así lo revelan muchos de los textos novelescos escritos por autores como José Tomás de Cuéllar (*Ensalada de pollos*, 1871, o *Los fuereños*, 1883), Emilio Rabasa (*La bola*, 1887), Manuel Sánchez Mármol (*Juanita Sousa*, 1901), Arcadio Zentella (*Perico*, 1885), Pedro Castera (*La mina y los mineros*, 1882), Rafael Delgado (*La Calandria*, 1890, y *Los parientes ricos*, 1901) o Ángel de Campo (*La rumba*, 1890-1891) entre otros, todos ellos discípulos de Ignacio Manuel Altamirano y seguidores de los postulados de su proyecto de literatura nacional. Como se ha señalado en otro espacio (vid. Bobadilla, *La heroína*), a partir de 1870, la novela costumbrista y realista mexicana configuró consciente y sistemáticamente a sus héroes y heroínas romántico-realistas como morenos que ya podían ser indígenas, ya mestizos, caracterización física que solía remarcar e identificarse con un temple, con una forma de ser, con una idiosincrasia original y específica, la mexicana. A este temple mestizo/indígena solía asociársele una belleza exótica y apasionada, pero, sobre todo, una capacidad de reflexión y una vocación conciliadora natural, intuitiva, que permitía a esos personajes realizar la síntesis dialéctica de las contradicciones humanas y sociales del entorno en el que se desenvolvían, erigiéndose por eso mismo como conciencia de la colectividad.

Así sucede en textos como *Los fuereños* (1883), de José Tomás de Cuéllar, novela que narra las andanzas de la tradicional y provinciana familia conformada por Trinidad y Candelaria Ramírez y sus hijos Gumesindo, Clara y Guadalupe, por la Ciudad de México, símbolo de la modernidad, que, durante el porfiriato, se asociaba al afrancesamiento de la vida y la cultura. Aunque personaje secundario en el desarrollo de la acción, se proyecta como protagonista moral la hija menor de la casa, Lupe, una payita descrita de la siguiente manera:

Su color, no obstante los afeites, tenía esa palidez amarillenta de la raza mestiza pero sobre el cual no se desdeñaba de aparecer, en fuerza del vigor de los diecisiete años, las rosas de su primavera. Tenía los ojos muy negros y el pelo lacio y negro azabache como el de la raza indígena, y si a esto se agregaba una dentadura irreprochable que enseñaba con la franqueza con que lo hacen las bocas grandes, se tendrá una idea de su fisonomía. (Cuéllar 235, cursivas propias)

Más importante, sin embargo, es el hecho de que, a diferencia de su afrancesada hermana Clara, la aceitunada Lupe fue la única de la familia en intuir los peligros morales y materiales representados por la ciudad moderna como espacio-tiempo cultural. Y es que al advertir la transformación de su hermana mediante su afición al uso de potingues y modas venidas de París,

Guadalupe [...que] había observado todos aquellos preparativos y había guardado silencio, [...] no pudo menos de preguntarla un tanto turbada:

—¿Los vas a estrenar [esos vestidos y cosméticos]?

Tenía esta pregunta toda la intención que era posible, y en el tono de voz con que la hizo, tono intraducible para nosotros, había, en el fondo de un cariñoso reproche, como el aviso de un peligro.

(Cuéllar 246, cursivas propias)

Como puede advertirse, a partir de elementos expresivos como el tono de reproche y prevención, el narrador configura a Lupe --la que por su tono de piel parecía mestiza y, por el de sus ojos y pelo, indígena-- como una especie de sibila mexicana que vislumbra intuitiva, inconscientemente, la corrupción moral de su extranjerizada parienta, erigiéndola dentro del contexto novelesco de *Los fuereños* como el alma y espíritu de la colectividad por su apego físico y moral a la naturaleza y los valores del entorno nacional.

Otro tanto sucede en *Perico. En esta tierra (esbozos a la brocha)* (1885), del tabasqueño Arcadio Zentella (1844-1920). Conocida y considerada por los escasos críticos e historiadores que la estudian como la introductora del Realismo en México (vid. Santacilia 1885; Sánchez Mármol 1886, 1915), la obra es considerada por su autor en 1915 como un indicio que, desde treinta años antes, pone “*de manifiesto una úlcera social, un justificante de la presente Revolución*” (Zentella XI, cursivas propias): “*el régimen de castas, bajo el cual aún subsisten porciones considerables de nuestra sociedad [, ...] las costumbres que imperan en nuestra población rural*” (Sánchez Mármol XX-XXI, cursivas propias).

La novela narra las aventuras de Perico --hijo producto del derecho de pernada que ejerció el señor hacendado sobre una cobriza y escuálida mujer-- para alcanzar el amor y la libertad junto a Casilda, su amada. La primera parte de la narración transcurre en una hacienda azucarera y maderera de la tierra caliente, configurada como “una escena abigarrada, compuesta de una docena de mulas, media docena de hombres *cobrivos*, y unos cuantos chiquillos blandiendo sus chirriones. La obscuridad daba al conjunto mucho de fantástico. Algo de aquello debió soñar el Dante” (Zentella 34, cursivas propias); el desenlace y posterior

realización humana del protagonista se da luego de huir de la corrupción moral de la cárcel y la ciudad a las que le habían conducido sus afanes por salir del entorno semifeudal hacendario.

Quiero destacar dos cosas. Primero, el campo semántico de lo “cobrizo”, de lo “bronceado”, para caracterizar a Perico, Casilda y la peonada, protagonistas e incidentales respectivamente dentro de la obra, los que unas veces se nos presentan como indios, otras veces como hombres y mujeres representantes de “*la belleza típica a que ha dado origen la mezcla de la raza blanca y la roja*” (66, cursivas propias), esto en un planteamiento que continúa expresando la ambigüedad en torno a en quién radicaba la esencia del temperamento y la idiosincrasia de México y el mexicano, si en el indio o el mestizo. El segundo aspecto que quiero señalar, más importante si se quiere, refiere a la manera cómo este elemento vivo y representativo de la mexicanidad que es el indígena o mestizo, accede a la conciencia del dinamismo y la dialéctica de la vida:

Perico había salido de la infancia sin que nada exterior [como la educación o los consejos morales] le hubiese revelado que existen en el hombre varias edades caracterizadas por distintas ocupaciones, distintos gustos y afecciones diversas. *La naturaleza había operado el cambio: ella sola, sin ningún auxiliar. Aquello fue un trabajo interno, realizado por leyes desconocidas. Sintió como que se disipaban algunas sombras en su cerebro; que algunos instintos se adormecían en su corazón.* (Zentella 55, cursivas propias)

Como señalé antes al proyectar protagónicamente la actuación de Lupe en *Los fuereños* (1883), de Cuéllar, el indio y/o mestizo hombre mexicano accede a un estado de conciencia de manera intuitiva, o, dicho de otra manera, gracias a las leyes desconocidas de la naturaleza. Con esto quiero señalar que, a diferencia de los intelectuales criollos del periodo literario anterior, cuya sensibilidad y conciencia sociohistórica y cultural era producto del estudio de obras anatemizadas incluso, el mexicano que se configura ahora se revela como un ser natural que adquiere su conciencia humana, histórica y cultural a partir de las fuerzas vivas del medio ambiente nacional, de las fuerzas naturales que marcan los tiempos de la revelación humana y le dan al individuo su sensibilidad, temperamento, idiosincrasia y capacidad intelectual: en suma, el determinismo natural que los letrados mexicanos asumen y reconocen como influencia del pensamiento de Hipólito Tayne (vid. López 1898). Así sucede también con Juan, el revolucionario, en *Nieves* (1887), de López Portillo y Rojas, o con los distintos protagonistas en *Las minas y los mineros* (1882), de Pedro Castera, o con Margarita y Filomena en *Los parientes ricos* (1902), de Rafael Delgado, por mencionar sólo unos ejemplos.

Conforme el espacio-tiempo de la acción literaria se centra en el ámbito citadino durante la última década del siglo XIX, la significación de dicho espacio-tiempo comienza a asociarse con la corrupción moral y el afrancesamiento (vid. Bobadilla, *Entre sodoma*), como lo manifiestan textos como *La rumba* (1890-1891), de Ángel de Campo, o *La calandria* (1890) y *Angelina* (1894), de Rafael Delgado. Frente a ese espacio cultural e históricamente corrompidos dentro del contexto cultural y literario mexicano (vid. Bobadilla, *Entre sodoma*), surgen plenos y fecundos la provincia y el campo nacionales, como espacio de regeneración:

En hora buena que sean nuestras ciudades copia más ó menos remota de las capitales europeas ó norteamericanas, con su cortejo de ideas, costumbres, ciencias y artes importadas del exterior; *nuestros campos, en cambio, son la nación joven, que se va formando después de nuestras revueltas políticas, como encarnamiento sano y rozagante en herida ancha un tiempo y dolorosa. Sobre esa base firmísima, exuberante, de creencias y de fuerza, ha de levantarse el edificio de nuestra grandeza futura, coronado por la civilización de los tiempos.* (López XIX-XX, cursivas propias)

En este marco finisecular, la imagen de hombre se va decantando, definitivamente, hacia el mestizo que se asume y define como arquetipo de la mexicanidad, mismo que se identifica y ubica ya en la provincia en general, en el campo en particular. Con el planteamiento de José López Portillo y Rojas en el “Prólogo del autor” a *La parcela*, publicado en 1898, se realiza la primera formulación de la teoría del mestizaje cultural y literario, la cual, apropiándose y dando sentido sistemático a las resoluciones novelescas previas, así como superando las indefiniciones entre indio y mestizo, establece definitivamente a este último como origen y fin de la identidad nacional:

Nuestras clases rurales son el nervio de México, el producto más directo y genuino de los diferentes factores que van unificando á nuestro pueblo. En cuanto á lo físico, representan la fusión de diversas razas indígenas y europeas; pero carecen de semejanza moral determinada con unas ú otras, y muestran vida, tendencias y costumbres originales. Rota la tradición colonial, no procuran ellas ni aun piensan imitar usos extranjeros, que ignoran; á la vez que, divorciadas del tipo aborígen, nada tienen de común con su inercia, ni con su obstinación, ni con sus rencores reivindicativos. Esas clases son la planta nueva brotada al calor de nuestro sol y al influjo de nuestro clima, sobre el aluvión de las múltiples razas que han ido depositando en nuestro territorio su limo fecundante. (López XIX, cursivas propias)

Como puede advertirse, para José López Portillo y Rojas, el mestizo supone el reconocimiento y conciliación de los orígenes raciales y culturales diversos de México y el mexicano identificados manidamente hasta hacía poco sólo en el indígena y el español; pero también y sobre todo representa el planteamiento de la síntesis dinámica y dialéctica que podría llevar a ese hombre y espacio-tiempo histórico y cultural nacional a la modernidad decimonona tan ansiada. Y es que gracias a esa hibridación o entrecruzamiento integrado de las experiencias raciales y culturales implicadas --que anticipa en poco más de un cuarto de siglo mucho de los planteamientos de José Vasconcelos en *La raza cósmica* (1925)--, se configura y significa al mestizo como síntesis dialéctica, como entidad viva en la que confluyen y desde la que se detonan todas las posibilidades éticas y humanas de México --por extensión, de Hispanoamérica--, al ser el ente que conforma un entramado significativo original⁴.

A manera de conclusión

Como he tratado de hacer ver hasta aquí, la novela decimonona en México, como el conjunto de resoluciones artísticas a los valores y perspectivas que definen una época, un periodo histórico y cultural de larga duración, articuló al menos dos representaciones específicas sobre el mexicano: el mexicano como criollo (1836-1867) y el mexicano como mestizo (1869-1915). Cada una de esas representaciones dio resolución ética y estética a los postulados e imágenes de sendos capítulos de la historia de México, el primero referido al periodo de la primera independencia (1821-1867), el segundo al de la República restaurada (1867-1876) y el porfiriato (1876-1911), esto es, a la modernización de México.

Poco puedo agregar en este momento a la investigación de la que este artículo es primer avance, salvo la certeza de que los resultados obtenidos forman parte de un entramado mayor, el de la historia de la literatura mexicana moderna (1816-1947), por lo que ellos deben ser estudiados en una relación de contigüidad ética y estética con la literatura y la cultura de la revolución y la posrevolución, para articular así una imagen más abarcativa del periodo fundacional de la tradición literaria mexicana.

⁴ La tesis del mestizaje afecta no sólo a lo racial y cultural, sino a la forma literaria misma:

Nuestro origen, pues, la gloria de las letras españolas y el deseo de progreso, deben mantenernos siempre fieles tanto al genio y pragmáticas de nuestra lengua, como á la marcha seguida por los grandes hablistas de nuestra antigua metrópoli. Mas, por lo que ve á su misma substancia, conviene que nuestra literatura sea nacional en todo lo posible, esto es, concordante con la índole de nuestra raza [mestiza], con la naturaleza [autóctona] que nos rodea y con los ideales y tendencias que de ambos factores se originan [...] Lo único que con esto queremos significar es que debemos fijar más de lo que solemos la atención en nuestras cosas, y hacer sentir con mayor energía en nuestras creaciones la influencia de nuestro propio temperamento. (López XXII-XXIII)

Referencias bibliográficas

- Altamirano, Ignacio Manuel. *Clemencia*. México: Editores Mexicanos Unidos, 1982.
- Altamirano, Ignacio Manuel. *Revistas literarias de México (1821-1867). Obras completas*, vol. XII, Secretaría de Educación Pública, 1987 [1868].
- Basave Benítez, Agustín. *México mestizo: Análisis del nacionalismo mexicano en torno a la mestizofilia*. México: Fondo de Cultura Económica, 1992.
- Brading, David. *Los orígenes del nacionalismo mexicano*. México: Secretaría de Educación Pública, 1973.
- Brading, David. *Orbe indiano: De la monarquía católica a la república criolla, 1492-1867*. México: Fondo de Cultura Económica, 1991.
- Bobadilla Encinas, Gerardo Francisco. “La novela de la intervención y el segundo imperio: Una polémica silenciada.” *La colmena*, vol. 3, 2019, pp. 43-58. Toluca, México.
- Bobadilla Encinas, Gerardo Francisco. “La heroína romántica en la novela mexicana de finales del siglo XIX: Los casos de *Clemencia*, *Ensalada de pollos*, *La rumba* y *Los parientes ricos*.” *Mitologías hoy: Revista de pensamiento, crítica y estudios literarios latinoamericanos*, vol. 18, 2018, pp. 151-167. Barcelona, España.
- Bobadilla Encinas, Gerardo Francisco. “Entre Sodoma y el Edén o entre la ciudad y la provincia en la novela mexicana del siglo XIX.” *Paisajes, parajes, lugares y espacios en la literatura mexicana (siglos XIX y XX)*, El Colegio de San Luis, 2014.
- Cabrera Quintero, Conrado. *La creación del imaginario del indio en la literatura mexicana del siglo XIX*. Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 2005.
- Fernández de Lizardi, José Joaquín. *El periquillo sarniento*. México: Editorial Porrúa, 2001.
- Fuentes, Carlos. *La región más transparente*. México: Fondo de Cultura Económica, 1958.
- Gerbi, Antonello. *La disputa del Nuevo Mundo*. México: Fondo de Cultura Económica, 1955.
- López Portillo y Rojas, José. *La parcela*. México: Imprenta de Victoriano Agüeros, 1898.

- Pacheco, José Ramón. "El Criollo." *Novelas cortas de varios autores*, vol. 1, México: Imprenta de Victoriano Agüeros, 1901, pp. 339-382.
- Pesado, José Joaquín. "El inquisidor de México." *Novelas cortas de varios autores*, Imprenta de Victoriano Agüeros, México, 1901, pp. 3-46.
- Pizarro, Nicolás. *El monedero*, vols. I y II. Jalpa: Universidad Veracruzana, 2012.
- Prieto, Guillermo. *Memorias de mis tiempos*. México-París: Librería de la Viuda de Bouret, 1906.
- Riva Palacio, Vicente. *México a través de los siglos: El virreinato. Historia de la dominación española en México desde 1521 a 1808*, vol. II. Editorial Cumbre, México, 1953.
- Rizzo, Elisa. "Juan Rulfo y la representación literaria del mestizaje." *Escritos*, vol. 28, 2003, pp. 125-148.
- Rizzo, Elisa. *La ficcionalización de la agencia cultural indígena en la literatura mexicana: El discurso post-colonial de Juan Rulfo y Rosario Castellanos*. Tesis doctoral, Universidad de Missouri-Columbia, 2002.
- Rodríguez Galván, Ignacio. "Profecía de Guatimoc." *Poesía mexicana: Siglos XIX y XX*, Promexa, 1991.
- Rodríguez Galván, Ignacio. "El visitador." *Manolito el Pisaverde y otros cuentos*, Premia, 1984.
- Rubial García, Antonio. *El paraíso de los elegidos: Una lectura de la historia cultural de Nueva España (1521-1804)*. Fondo de Cultura Económica, 2010.
- Sierra Méndez, Justo. "México social y político." *Revista Nacional de Letras y Ciencias*, 1889.
- Zentella, Arcadio Perico. *Esbozos a la brocha*. Imprenta del Gobierno Constitucionalista, 1915.